

PodLectio
08/04/2025

Meditación de fray Enrique Segovia, Convento de Santa Catalina - Belén
(Martes de la V semana – Jn 8,21-30)

Paz y Bien queridos hermanos

Soy Fray Enrique Segovia, guardián del convento de Santa Catalina, en Belén. Continuamos con este ciclo de reflexiones en preparación a la semana santa.

No hay que ser ingenuos y creer que ya todo está resuelto. El camino de la voluntad de Dios, en algunos momentos, es duro. Pero en nuestro peregrinar por la voluntad de Dios no vamos solos. Podrá haber situaciones oscuras, ásperas, pero Dios no nos faltará. El secreto es no desviarse del camino, ni a derecha ni a izquierda. Aparecerán atajos tentadores, guías espontáneos que intentarán llevarnos por otros senderos. Pero el camino ya está decidido.

¿Cuántos se dicen cristianos, pero no aceptan «el estilo» con el cual Dios quiere salvarnos? Somos creyentes sí, pero...», incapaces de comprender que la salvación pasa por la cruz.

En este pasaje evangélico de san Juan, Jesús dice: *Cuando levanten en alto al Hijo del hombre y, anunciando su muerte en la cruz, recuerda la serpiente de bronce que Moisés hizo elevar para curar a los israelitas en el desierto, como se lee en la primera lectura tomada del libro de los Números (21, 4-9). El pueblo de Dios esclavo en Egipto había sido liberado: Ellos habían visto verdaderos milagros. Y, cuando tuvieron miedo, en el momento de la persecución del faraón, cuando estuvieron ante el mar Rojo, vieron el milagro que Dios había realizado para ellos. Es aquí donde se inicia el camino de liberación, con la alegría. Los israelitas estaban contentos porque fueron liberados de la esclavitud, contentos porque llevaban consigo la promesa de una tierra muy buena, una tierra sólo para ellos y porque ninguno de ellos había muerto en la primera parte del viaje. También las mujeres estaban contentas porque tenían con ellas «las joyas de las mujeres egipcias».*

Pero a un cierto punto, en el momento que se alargaba el camino, el pueblo ya no soportó el viaje y se cansó». Por ello comenzó a hablar «contra Dios y contra Moisés: ¿por qué nos han sacado de Egipto para morir en el desierto? Comenzó a criticar: a hablar mal de Dios, de Moisés, diciendo: No tenemos ni pan ni agua, y nos da náuseas ese pan sin sustancia, el maná. Es decir, a los israelitas les daban náuseas las ayudas de Dios, el don de Dios. Y, así, la alegría del comienzo de la liberación se convirtió en tristeza, en murmuración.

En la Escritura se ve un pueblo descontento y, la crítica es una vía de salida de ese descontento. En su descontento se desahogaban, pero no se daban cuenta de que con esa actitud envenenaban

su alma. He aquí, entonces, la llegada de las serpientes, porque así, como el veneno de las serpientes, en ese momento el pueblo tenía el alma envenenada.

Una actitud que encontramos aún hoy. Incluso entre los cristianos, ¿cuántos están «un poco envenenados» de esta insatisfacción? Es así que el corazón se envenena». Es el corazón de los «cristianos tibios, que tienen siempre algo de qué lamentarse: “pero el Señor, ¿por qué me ha hecho esto?” “pero te ha salvado, te ha abierto la puerta, te ha perdonado tus muchos pecados. El israelita en el desierto decía: *Yo quisiera agua, pan, eso que me gusta, no esta comida tan ligera. Estoy hastiado*. Y también nosotros «muchas veces decimos que estamos hastiados del estilo divino». No aceptar el don de Dios con su estilo, ese es el pecado, ese es el veneno; lo que envenena el alma, quita la alegría, y no nos deja seguir».

He aquí entonces, queridos hermanos, la invitación que el Señor nos hace en este tiempo de cuaresma: Miremos a la serpiente, el veneno ahí en el cuerpo de Cristo, el veneno de todos los pecados del mundo y pidamos la gracia de aceptar los momentos difíciles; de aceptar el estilo divino de salvación; de aceptar también esta comida tan ligera de la que se lamentaban los judíos: la gracia, o sea, de aceptar los caminos por los cuales el Señor me conduce hacia adelante. Deseo que la Semana Santa nos ayude a salir de esta tentación de llegar a ser “cristianos sin ningún tipo de condicionamientos.

Amen